

GESTOS TEXTILES

**UN ACERCAMIENTO MATERIAL
A LAS ETNOGRAFÍAS, LOS CUERPOS
Y LOS TIEMPOS**

• TANIA PÉREZ-BUSTOS •

GESTOS TEXTILES

UN ACERCAMIENTO MATERIAL
A LAS ETNOGRAFÍAS, LOS CUERPOS
Y LOS TIEMPOS

2021



UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA

BOGOTÁ D. C., 2 0 2 1

Pérez Bustos, Tania Cristina, 1976-

Gestos textiles : un acercamiento material a las etnografías, los cuerpos y los tiempos

/ Tania Pérez-Bustos.

Primera edición. — Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Centro editorial; Editorial Universidad Nacional de Colombia, 2021.

262 páginas: ilustraciones (principalmente a color), figuras, fotografías. (Colección Fuera de Serie)

Incluye referencias bibliográficas e índice analítico

ISBN 978-958-794-676-5 (rústica). — ISBN 978-958-794-676-5 (e-book). —

ISBN 978-958-794-677-2 (impresión bajo demanda)

1. Antropología feminista – Colombia 2. Artesanías textiles – Aspectos sociales Colombia

3. Bordados – Aspectos sociales – Colombia 4. Tejedoras 5. Mujeres artesanas – Colombia I.

Título II. Serie

CDD-23305.4209861 / 2021

Gestos textiles:

**un acercamiento material a las etnografías,
los cuerpos y los tiempos**

© 2021, Universidad Nacional
de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas
Primera edición

© Editorial Universidad Nacional
de Colombia

© 2021

ISBN-IMPRESO: 978-958-794-676-5

ISBN-DIGITAL: 978-958-794-676-5

ISBN-IBD: 978-958-794-677-2

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas

Comité Editorial

Carlos Guillermo Páramos Bonilla, Decano

Victor Viviescas Monsalve, Vicedecano
Académico

Nubia Ruiz Ruiz, Vicedecana de Investigación
y Extensión

Javier Sáenz Obregón, Director
del Centro de Estudios Sociales

Jorge Enrique Rojas, Representante
de las Unidades Académicas

Jorge Aurelio Díaz, Representante
de las Revistas Académicas

Preparación editorial

Centro Editorial de la Facultad
de Ciencias Humanas

Rubén Darío Flórez Arcila, director
Laura Morales, coordinadora editorial
Carlos Andrés Contreras, coordinador
de diseño

Diana Murcia Molina, diseño de la colección
Natalia Ayala Pacini, diseño de cubierta,
maquetación e ilustración
Sugey Valois, corrección de estilo

editorial_fch@unal.edu.co
www.humanas.unal.edu.co

Bogotá, 2021

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio,
sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales

Contenido

9

Agradecimientos

11

Introducción

31

Repetir para aprender

77

Deshacer para volver a hacer

119

Remendar para resistir

165

Juntar para componer

215

Dechado de conceptos

235

Referencias

253

Sobre la autora

255

Índice analítico

Agradecimientos

Este libro reúne varios años de preguntas en torno al hacer textil. En este tiempo imaginé muchas pesquisas, me hice muchas preguntas, y fueron también muchas las personas que en diferentes momentos y lugares me acompañaron, de modo que juntas fuéramos aprendiendo y encontrando respuestas a esas inquietudes. Aunque no puedo nombrarlas a todas porque en realidad son muchas, sí me es preciso reconocer que estas páginas están hilvanadas con esos (des)encuentros y conversaciones, con ese trabajo conjunto con colegas y estudiantes que participaron de investigaciones conmigo o que asistieron a mis seminarios de *Costuras: Pensamiento textil, escrituras que resisten*.

Cuando pienso en un hilván para reconocer su compañía no pienso en uno sueltito y fácil de cortar, de esos que son apenas un sostén ligero entre telas. No, este es un hilván apretado y fuerte, necesario para

que las costuras que son este libro quedaran firmes. Quiero aprovechar este espacio para agradecer la firmeza y generosidad de esa compañía, tanto la que estuvo cerca y que, como todo hilván, en un momento se quebró, como aquella que de forma decidida sigue hilvanando conmigo, encontrando nuevas preguntas y dejándose inspirar por lo que los haceres textiles y sus gestos tienen para enseñarnos.

A quienes estuvieron ahí y a quienes siguen estando, gracias, estoy aquí, entre estas líneas, por ustedes.

Introducción

Son cerca de las seis de la mañana, estamos en el trajín de iniciar el día y mientras mi compañero alista su camisa para hoy se da cuenta que uno de sus botones está por caerse. Nunca aprendió a coser, así que me pregunta si se la puedo arreglar. Le digo que sí, pero que tiene que esperarme un poco. Logro encontrar un tiempo entre que termino de vestirme y bajo a desayunar. Ahí, en ese intersticio de rutinas cotidianas, busco en mi costurero una aguja que sirva, un hilo que combine y unas tijeras para rematar. Me siento en el sofá rodeada de estas y otras chucherías textiles y en dos o tres minutos el botón está pegado.

Aunque parecen pocos, esos minutos no siempre están disponibles. Tengo colchas a medio hacer y proyectos de croché que he iniciado y desbaratado varias veces al punto que ahora son ovillos guardados

en cajones. Tengo colchas hechas también, unas más y otras que he regalado. Junto a ellas tengo remiendos que me he ofrecido a realizar y que me entretienen cuando encuentro el tiempo de hacerlos. Tengo bolsas con retazos de tela, cajas con hilos de colores, canastas con tijeras y tambores de bordado. Todas esas cosas ocupan el espacio que rodea el sofá donde coso el botón esa mañana, me recuerdan que están ahí, en potencia, esperando a ser hechas. Me recuerdan también el tiempo en que las hice o el que me tomaría hacerlas. Pero sobre todo me recuerdan el tiempo que no tengo, no aquel de reloj, pues en efecto los tres minutos para el botón caído se abrieron paso en la jornada, sino aquel que emerge en la repetición del hacer textil: el hilo va y viene un número de veces incontables y en cada movimiento se ensarta en un agujerito del botón y luego atraviesa la superficie de la tela para ir juntando ambos materiales. En ese ir y venir más que humano el tiempo se expande, se estira en ese hacer, yo pierdo la noción de cuánto llevo allí y me descubro ensimismada, presente en ese movimiento mántrico. Siento que estoy ahí, recogida en ese hilo enhebrado que pasa una y otra vez entre una superficie y otra para unir las.

Pasan los dos o tres minutos y ya está, el botón está cosido, el ritmo de la vida diaria vuelve a su cauce

y mi cuerpo se acomoda rápidamente a él. Pienso en la diferencia entre esos dos ritmos, el que se estira en cámara lenta y me recoge, producido por la repetición del hacer textil, y aquel al que estoy acostumbrada, el de la rutina, el que va con su velocidad propia a pesar mío. Pienso en la escasez del primero en relación con el segundo, así como en su subordinación, y también pienso que a pesar de ello es allí en donde yo estoy en potencia, como esos otros materiales que me acompañan. Esto me lleva a preguntarme por el hacer textil artesanal, por su capacidad de generar esa experiencia corpórea personal de recogimiento, pero también por lo secundaria y olvidada que está esa capacidad frente a lo que la vida contemporánea demanda (Ahmed, 2010).

En mi cuerpo habitan esas dos posibilidades, la de sentarme a remendar y la que nunca tiene tiempo para ello. Tengo pantalones con botones caídos que recuerdo debo arreglar cuando me los pongo, pero se quedan ahí esperando a que yo haga esa tarea hasta que me los pongo de nuevo y vuelvo a descubrir que siguen igual. Las cosas textiles me recuerdan que necesitan mi atención, me piden que les abra un espacio en mi agenda atiborrada. A veces lo logro, pero no siempre lo consigo. Me pregunto cuál de esos

dos cuerpos que me habitan es el que logra abrirse ese espacio, el que tiene tiempo para remendar.

¿Quién tiene tiempo para remendar? Se preguntaba uno de mis estudiantes hace unos años mientras dimensionaba la complejidad de la tarea de zurcir una media a la que le invitaba una propaganda inglesa salida en plena segunda guerra mundial¹. Al abrir la pregunta a todo el grupo con el que estábamos trabajando, Andrés se encontró con el silencio como respuesta y se miró las manos como diciendo «no soy yo quien tiene ese tiempo». Era él quien había traído el ejemplo del zurcido británico de mitad de siglo xx a la clase, luego de que habíamos visto algunos videos sobre zurcido invisible en sesiones anteriores. Ambos trabajos eran meticulosos, había que reproducir la trama de las telas raídas con nuevas hebras y luego reconstruir la urdimbre, entrelazando un hilo pegado junto a otro. Las imágenes en movimiento de quienes hacían esa labor mostraban una habilidad

1 La propaganda se conoce como *Make, Do and Mend* y fue publicada por el Ministerio Británico de Información en plena Segunda Guerra Mundial, con el objetivo de proporcionar consejos útiles, a amas de casa, para ser recursivas en tiempos de duros racionamientos y precariedad económica <https://www.bl.uk/learning/timeline/item106365.html>

particular, capaz de leer la disposición de la materia para poder reproducirla.

Al mirarse las manos y preguntarse por quién tenía esa capacidad de recrear la materia textil para detener su deterioro, Andrés afirmaba que no era él quien tenía esa potencia. Pero el silencio que siguió a sus preguntas nos involucró a todos. Yo tampoco era capaz, no a ese nivel de perfección al menos, pero guardaba la certeza de que había quienes sí atesoraban esa posibilidad.

Para ese momento sabía de mujeres que vivían de estas tareas, mujeres para quienes el remendar era un sustento no solo económico, sino un hacer que además de instalarse en su rutina, era capaz de romperla. En el 2014 había conocido a grupos de bordadoras que remendaban superficies deshiladas con tanta maestría que su trabajo nunca sería percibido como un remiendo, y en el 2016 había escuchado historias de costureras que decían haber remendado el dolor de la muerte violenta a punta de la «psicología de la aguja». Estas mujeres tenían tiempo para remendar, o lo encontraban al menos; sus manos atesoraban la potencia que ni Andrés ni yo teníamos. De hecho, remendar era central para el sostenimiento de sus vidas, no solo en términos monetarios, sino también como posibilidad de estar con ellas mismas, de acom-

pañar las rutinas domésticas y saberse creativas en la *re-creación* material.

En esos años en que me acerqué a los oficios de estas mujeres, solo me fue posible entender lo que sus manos, hilos y agujas hacían sobre las telas al recomponerlas y lo que ese hacer hacía sobre ellas mismas, aprendiendo con mis propias manos a reproducir esos movimientos repetitivos, a relacionarme de forma íntima con esas materialidades en potencia. Hasta ese momento, lo textil hacía parte de mi habitar, como hace parte del habitar de cualquier persona, de hecho, pero hasta ese entonces no me había detenido en lo que implicaba su hacer.

A pesar de que lo textil artesanal siempre ha sido objeto de mi admiración, no tengo recuerdos de infancia y juventud en los que las labores de aguja me hubiesen sido transmitidas. Recuerdo de forma no muy sistemática a mi madre tejiendo y tengo en mi casa manteles bordados por mi abuela que deben tener al menos unos 80 años. Es así que mi admiración por estas materialidades no siempre estuvo atravesada por un conocimiento encarnado de lo que implicaba crearlas. No sé quién me enseñó a pegar un botón, ni a coger una aguja de croché, pero sé que en algún momento aprendí a hacer estas cosas. En 1999, por ejemplo, estaba viviendo fuera del país

y me sentía sola. En ese entonces fui a una tienda de costura, compré una aguja de croché y una revista con patrones, me senté en el cuarto de mi habitación universitaria y en unas cuantas semanas me hice una pequeña mochila colorida que me acompañó durante ese largo invierno.

Unos años después, cuando me mudé a vivir sola, mi madre me regaló un costurero en madera hecho por ella, en el que guardé hilos de costura sin mucha personalidad, unas tijeras sin filo, alfileres y agujas. Tendrían que pasar unos diez años para que volviera a intentar tejer, ahora una ruana en dos agujas, y hacerlo nuevamente acompañada de una revista; y otros cinco años más para que me decidiera a tomar unas clases de bordado. El buscar aprender un poco sobre estos oficios y sus haceres relacionados estuvo ahí, en diferentes momentos de mi vida, pero solo fue objeto de mis preguntas de manera reciente.

En el año 2013 comencé un trabajo con bordadoras cartagüeñas en el que quise comprender cómo este oficio, que acompaña el trabajo de cuidado doméstico, podía entenderse como una forma de conocimiento, y lo que la etnografía y el diseño digital podían aprender de él. En el acercamiento a estas mujeres me encontré con que no podía dar respuesta a mis preguntas si no dejaba que el saber-hacer de estas mujeres me pasara

por el cuerpo. Tuve que aprender a bordar. Con ello no busqué volverme una bordadora como ellas, pero sí entender lo que ellas hacían desde mi propio hacer: dimensionar su conocimiento desde la forma en que este se instalaba en mis movimientos corporales que jugaban con agujas, hilos y telas. Aprender a bordar se convirtió entonces en una prioridad empirista. Necesitaba hacerlo para responder a mis preguntas académicas. Pero esa necesidad fue lentamente ocupando mi vida de forma más completa.

Poco a poco, el costurero que me regaló mi madre se quedó pequeño. Los hilos se multiplicaron y ganaron personalidad, textura, brillo, espesor; las agujas largo y puntas diferentes; los alfileres cabezas de colores. Aparecieron nuevas tijeras, unas grandes y otras cortitas, y otras herramientas como planchas, deshiladores, ruedas y tablas de corte.

De manera simultánea a que estas herramientas y materiales textiles me fueron rodeando, yo fui aprendiendo a usarlos: mi cuerpo logró percibir la calidad de los hilos y de las telas, así como a sentir el filo de las tijeras o la punta de las agujas, esa sensibilidad material en torno a lo textil me fue habitando poco a poco, al tiempo que fue habitando mi casa. Si en un principio esas costuras estaban por ahí en algún

estante escondidas en una caja, ahora tenían su propio cuarto, con una mesa, un armario y una silla.

Aprendía con las bordadoras en el trabajo de campo y seguía entendiendo lo que hacían desde mi casa, mi cuerpo recordaba su hacer en la distancia y yo así las sentía cerca. Tomé clases a domicilio de bordado, me inscribí en una escuela de artes y oficios, y el proyecto de investigación con Cartago se fue cerrando. Luego llegó otra investigación y luego otra, y lo textil se fue instalando en mis preguntas, en mi cuerpo y con ello en el espacio y tiempo de mi cotidianidad.

En 2016 mi compañero me regaló una máquina de coser y en ese mismo año conocí el Costurero de Tejedoras por la Memoria de Sonsón², un grupo de mujeres que desde el 2010 documentan el conflicto armado en el nororiente antioqueño colombiano usando narrativas textiles. Esta fue una oportunidad importante para dimensionar la forma en que el cuerpo al hacer textil hace memoria y en ese materializar recuerdos, de la guerra y la vida después de ella, en el caso de las Tejedoras por la Memoria en Sonsón,

2 Corresponde al nombre oficial del Costurero. En adelante también se las puede encontrar como Tejedoras de Sonsón o Tejedoras por la Memoria de Sonsón.

también iba permitiendo procesos de transformación subjetiva que parecían tener implicaciones terapéuticas para ellas.

Durante la investigación en Cartago había emergido de forma recurrente la fuerza terapéutica que tenía el bordado. Una maestra caladora de 80 años me había dicho que el calado le había ayudado a sobrevivir la muerte de sus dos hijos por causa del narcotráfico, que esa labor la había sanado sin necesidad de ir a terapia. Esa relación entre sanación y costura se había quedado ahí, retumbando en mi cabeza, y fue desde ella que me acerqué a este colectivo sonsonense. Sin haber estudiado académicamente la memoria o el conflicto de forma sistemática, estas mujeres me invitaban a pensar desde sus haceres textiles cómo la reparación de los horrores de la guerra pasaba por el trabajo cuidadoso de bordar retazos y componer colchas para recordar y en ese hacer ir generando la posibilidad, la potencia textil, del bienestar emocional.

El inicio de mi trabajo con este colectivo en el 2016 me permitió comenzar a explorar estas relaciones entre cuerpo, memoria y sanación. Para ello me embarqué junto con otras colegas en un proceso de diseño participativo de una exposición museográfica en el que las mujeres Tejedoras por la Memoria de Sonsón responden a la pregunta de por qué bordar la

memoria haciendo una colcha de retazos bordada, e invitaban a otros costureros de la memoria en el país a hacer lo mismo. Mientras eso pasaba, ese mismo año me hice yo mi primera colcha de retazos. Mientras aprendía a cortar trozos de tela que encajaran unos con otros, anotaba en mi diario de campo:

He acomodado todos los materiales junto a la mesa de costura, eso me ayuda a tener una visión más uniforme de lo que estoy intentando componer. Al hacerlo pienso en la metodología, en el campo, en la recolección de datos. Por más que intente cortar los retazos de forma uniforme, siempre se me quedan pedacitos por fuera, milímetros ... la perfección no existe ... Imperfecciones quedan ocultas en la colcha, la colcha es una colcha de imperfecciones muy muy pequeñas. El balance entre ellas es importante ... la definición de cuándo es demasiado depende de medidas y del diálogo con lo que trae la tela. (octubre, 2016)

Esa conversación conmigo misma y la materialidad del hacer textil me remitía permanentemente al trabajo de campo, a lo imperfecta que es la etnografía

y a las bellezas que puede producir a pesar de esas imperfecciones, me evocaba a las Tejedoras de Sonsón y lo que hacían para responder a nuestras preguntas, me recordaba que no siempre podía estar allí para escucharlas y que la vida seguía independientemente de que yo pudiera estar de cuerpo presente para observarla; pero que no por eso mi cuerpo dejaba de participar de esa composición. Así, ese soliloquio material me evocaba mi presencia en el hacer textil de las mujeres sonsoneñas, el cual yo recordaba y recreaba en mi propia casa, desde mi propia colcha, para poder entenderlas. Hacer una colcha era extender mis reflexiones de campo en Sonsón al centro de mi propia casa.

Ese proyecto de investigación-creación con las Tejedoras por la Memoria de Sonsón fue vertiginoso, en cuatro meses teníamos hecha una exposición itinerante que recogía sus reflexiones sobre cómo el bastidor sostenía la tela en la que iban bordando lo que habían vivido con el conflicto y con ello ellas iban sosteniéndose, unas a otras, y aprendiendo a habitar el dolor de las pérdidas que la violencia les había dejado. En esos cuatro meses ellas hicieron una colcha colectiva y yo otra, colectiva también, pues mientras la hacía, la presencia de estas mujeres me acompañaba en la distancia. Necesité pensar con

ellas mientras aprendía a componer retazos, y hasta allí llegó la escritura.

De ese acercamiento nunca salió un artículo que recogiera el proceso, pero si una manta compuesta por trozos azules, amarillos y cafés que hoy cubre mi cama; me cubro con ella al ir a dormir y es como si Olga, Luz Dary y Aida, por nombrar algunas de ellas, con sus manos campesinas me cobijaran. Así inició una relación con un colectivo con el que aún hoy descubro lo que significa remendar, embellecer y componer la vida cotidiana, hacer que la memoria habite el cuerpo mientras este se sana, ese compartir con ellas me ha ido enseñando lo profundamente políticas que son todos esos pequeños gestos.

Estas mujeres procesaron el desplazamiento y el asesinato de sus seres queridos con la constancia de reunirse todos los lunes durante diez años a coser. Coser también las llevó de la casa a la plaza de Bolívar, en el centro de Bogotá. Algunas de ellas rodearon el Palacio de Justicia junto con otros costureros de la memoria en el 2016, otras arrojaron la Justicia Especial para la Paz en el 2019 cuando los acuerdos con las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia -FARC-comenzaron a debilitarse.

Al poner en público el trabajo de documentación textil y sanación en medio de la guerra el colectivo en

Sonsón se fue entrelazando con otros costureros de la memoria en Bojayá, Mampuján y Quibdó. Mientras tanto, yo me acercaba a comprender cómo sus haceres eran tecnologías del cuidado en dimensiones íntimas y personales, pero también colectivas y comunitarias. La materialidad más que humana de su hacer textil se me presentaba como un aprendizaje constante para ellas. Los oficios textiles acompañaban a estas mujeres en sus duelos personales y en sus reclamos de justicia y memoria públicos. No dejaban de remendar, de reunirse, de cuidarse en ese encuentro más que humano y no dejaban de encontrar la dignidad para seguir adelante, fortalecidas a escala personal y comunitaria.

Ellas sí que encontraban tiempo de remendar. Yo lo seguía intentando, hacía listas de prendas rotas y los botones caídos y los agujeros textiles se me hacían más presentes que de costumbre; de forma consciente fui encontrando tiempo (no siempre con éxito) para involucrarme con los llamados que me hacían esas materialidades. Con cada nuevo trabajo de campo que extendía el encuentro con lo textil de Sonsón a mi casa, esos llamados materiales se fueron instalando en mi entorno, nutriendo mis preguntas (y las de otras).

Sin embargo, el tiempo para remendar seguía siendo escaso. Vivo de escribir y de leer, de enseñar a pensar, no de pegar botones y zurcir colchas descosidas. A pesar de ello, estas preguntas por los tiempos y las formas en que lo textil se hace, las cuales necesité encarnar para poder entender, no escaparon a mi escritura y siempre contribuyeron a documentar y cuestionar mi hacer académico, sus tiempos, estándares y aspiraciones.

Para el 2018 el trabajo con las Tejedoras de Sonsón me dejó abierta una pregunta por las formas en que el hacer textil contaba historias en las que el cuidado y los afectos se narraban con hilos, lanas y agujas. Me interesé entonces por acercarme a las piezas textiles, los trapos, las telas, los bordados hechos a mano, para indagar por cómo ellos podían llegar a ser documento y memoria y cómo lo eran también junto con los cuerpos que les habían producido o atesorado.

En ese ejercicio me descubrí identificando los pequeños gestos repetitivos en los que esa narrativa se producía al tiempo que iba recogiendo el cuerpo que les encarnaba. Me encontré con una tela estampada a mano que su hacedora doblaba y guardaba en un cajón, y que desplegaba y volvía a guardar con cada mudanza, y también con una bolsa de yoga a medio bordar en punto francés, una puntada que consiste

en hacer un nudo sobre la aguja e ir rellenando una superficie con cada pequeño nudito. Esos gestos eran memoria en el movimiento que les producía. Al doblar y extender la tela, los recuerdos de su manufactura se escondían o eran desplegados, lo que activaba en su hacedora la nostalgia por la mujer que fue, la que es y la que puede llegar a ser. En el repetir de los nudos franceses veía condensarse la memoria del propio presente con cada vuelta sobre la aguja para producir un pequeño nudo en el que el recuerdo mismo se iba produciendo también.

Esos gestos textiles me hicieron recordar mis tiempos cotidianos del remendar y su escasez. En ese sentido fueron memoria para mí, volví a preguntarme nuevamente por los múltiples yos que me habitan, aquel que se recoge pegando superficies con movimientos repetitivos, el que sigue los ritmos de la vida académica, mi yo que cuenta historias con la escritura y el que recuerda el paso del tiempo al listar el desgaste de la materia y esperar que se abra espacio para detenerlo. En esos recuerdos me descubrí reflexionando en mi escritura sobre el aprender en colectivo más que humano, en el que este oficio está inmerso y la forma en que ello afecta mi etnografía.

Reitero aquí que ese descubrimiento no fue meramente una observación, me atravesó el cuerpo,

intervino mi estar en campo, le dio perspectiva a mi quehacer etnográfico, *colectivizándolo* en espacios de costura en mi propia casa y se fue quedando ahí, como un recordatorio material permanente de que la costura me invita a recogerme, a hacer memoria, a sanar. Un recordatorio de que los tiempos de ese hacer se abrían espacio en mi rutina académica, si yo se los permitía, o mejor, si yo les daba la posibilidad de hacerlo, de resistirse a los ritmos que ella me imponía con facilidad.

En los tiempos de excesos laborales que vivimos, donde las jornadas de trabajo se alargan, las responsabilidades se acumulan y los tiempos libres escasean, pensar el hacer textil ha sido para mí una posibilidad de cuestionar esos ritmos y de hacerlo desde los movimientos repetitivos y envolventes del cuerpo sobre sí mismo, desde los que la materia textil se restablece y el alma parece sanarse, movimientos que la escritura etnográfica también iba aprendiendo a habitar.

Este libro es acerca de ello, de la forma en que el hacer textil, su materia, ha sido y ha hecho pensamiento para mí (y para otras). En él recojo un puñado de gestos textiles que componen quehaceres situados, corporales, materiales y feminizados, que permiten entrelazar la costura en su diversidad, con la etnografía, el conocimiento, el feminismo, el activismo, la

sanación, el cuidado y la política. Los gestos textiles en este libro son una manera de decir, de hacer, de pensar y de estar en el mundo, más que una simple figura del lenguaje son movimientos que nos pasan por el cuerpo y nos transforman.

Los gestos que aquí recojo son actos comunicativos cargados de sentido que se expresan en los movimientos de nuestros cuerpos en relación con la materialidad textil; movimientos a los que pocas veces prestamos atención por su condición rutinaria (como la pegada de un botón a las seis de la mañana antes de desayunar), pero que sin embargo tienen una potencia importante, la cual emerge de la relación entre los cuerpos humanos y más que humanos que les crean.

Estos gestos hacen que la materialidad se transforme, se componga, resista, se deshaga y vuelva a hacer, y con ello también van permitiendo que nuestros cuerpos encarnen esas mismas posibilidades materiales. Así, pensar desde los gestos textiles implica asumir su ontología material, los cuerpos humanos y más que humanos que le constituyen y son constituidos en ella, los tiempos y espacios que les hacen posible.

En los gestos escogidos para componer este libro se repite para aprender, se deshace y rehace para seguir haciendo, se remienda para resistir y se compone para

juntar. ¿Cómo son esos espacios-cuerpos cotidianos del hacer textil?, ¿Qué presencias les habitan?, ¿Qué cuidados les sostienen y cuáles propician?, ¿Qué tiempos demandan? En este libro me interesa dar respuesta a estas preguntas, desde una reflexión etnográfica que recoge mi aprendizaje en torno al hacer textil, en tanto que tecnología de cuidado atravesada por el género, junto con bordadoras cartagüeñas, costureros de la memoria y piezas textiles que guardan sus historias.